

EL ÁRBOL DE LA VIDA



Marc Chagall, La Paz o Árbol de la Vida, proyecto vitral, grafito y gouash, Chapelle des Cordeliers, Sarrebourg, 1976

Jesús propuso a la gente otra parábola: “El Reino de los Cielos se parece a un grano de mostaza que un hombre sembró en su campo. En realidad, esta es la más pequeña de las semillas, pero cuando crece es la más grande de las hortalizas y se convierte en un arbusto, de tal manera que los pájaros del cielo van a cobijarse en sus ramas”. Mt 13,31-32

Es el tiempo post pascual. Cincuenta, sesenta o más años después de la resurrección de Jesucristo. El cristianismo se va extendiendo en el Imperio Romano, sin embargo, las comunidades cristianas siguen siendo pequeñas. El cristiano, como el judío, representan una minoría.

¿Existe un avenir para el cristianismo, para esa primer Iglesia? Una vez más la comunidad representa sólo el pequeño “resto”, minúsculo casi, en medio de la fuerza y número desplegados por el gran Imperio dominante triunfalista ...

Esta parábola, como otras narraciones del Evangelio de Mateo, quiere revelarnos otra paradoja de la Escritura y, particularmente, del mensaje del Señor Resucitado.

Vayamos a la Primera Alianza, al profeta Ezequiel.

Parte del Pueblo fue deportado a Babilonia. Es el terrible tiempo del Exilio, inicios del siglo VI antes de nuestra era. El profeta Ezequiel es enviado por el Señor a su pueblo humillado, desanimado, sojuzgado y subsistiendo en Babilonia, tierra extranjera e idólatra... Ezequiel debe transmitir al Pueblo que su Dios cumple las promesas. Aun siendo un pequeño pueblo, el Señor está con ellos para cumplirlas y los hará fecundos, un día, de nuevo, en su Tierra.

Una de las imágenes la presenta Ezequiel con estas palabras, con una parábola. “Así habla el Señor: Yo también tomaré la copa de un gran cedro, cortaré un brote de la más alta de sus ramas, y lo plantaré en una montaña muy elevada: lo plantaré en la montaña más alta de Israel. **Él echará ramas y producirá frutos, y se convertirá en un magnífico cedro. Pájaros de todas clases anidarán en él, habitarán a la sombra de sus ramas.** Y todos los árboles del campo sabrán que yo, el Señor, humillo al árbol elevado y exalto al árbol humillado, hago secar el árbol verde y reverdecer al árbol seco. Yo, el Señor, lo he dicho y lo haré”. (Ez 17,22-24)

El Evangelio retoma la imagen del árbol que crece en talla y belleza y gracias a su crecimiento muchos pájaros serán cobijados y protegidos.

Si embargo, las Palabras del Señor Jesucristo van más lejos...

La imagen ejemplar ya no es un gran cedro, un brote de la más alta de sus ramas, plantado en una montaña muy elevada” ... Es decir, lo grande, lo más alto, lo muy elevado. ¿No es ese el paradigma desarrollado por el gran Imperio dominante, Babilonia o Roma, o las del mundo “mundano”, a veces de cierto mundo eclesial, triunfalista y dominador?

La imagen del Evangelio, del mensaje de Jesucristo, del Reino de los cielos, es la del grano de mostaza, la más pequeña de las semillas. **La más pequeña pero llamada a crecer, a ser fecunda y hermosa, a cobijar una multitud de criaturas.**

Lo esencial no es la grandiosidad del árbol o del lugar, sino el fruto y la fecundidad. Ya lo conocemos, es “**el estilo de Jesús**”, para que construyamos juntos, en hermanos, el Reino... de los Cielos. Reino que ya está aquí, y que será luz hacia la eternidad, con su plenitud de felicidad, alegría, amor.

Difícil tarea. ¿Cómo tener la valentía, el dinamismo, la inteligencia y la fe, para colaborar **con nuestra libertad**, con nuestra vida, respondiendo al llamado de Dios, para felicidad del ser humano? Un llamado que nos dice que lo importante no es la potencia “mundana” y el poder, sino el Amor al Señor y a nuestros hermanos. Tenemos la experiencia que esto únicamente es posible si somos transformados, **transfigurados por Dios, rezando para ello**. No seamos “tibios”, escribe el visionario del libro del Apocalipsis (cf. Apo 3,15-22), tenemos que jugarnos en la radicalidad...

El Señor nos ilumina, inspirando al Apóstol Pablo.

“Hermanos: El Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra debilidad porque no sabemos orar como es debido; pero el Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables”. (Rom 8,26)

He aquí el secreto. Somos débiles e incapaces de “cambiarnos”. Pero somos “Templo de Dios y el Espíritu de Dios habita en nosotros” (1 Cor 3,16). Ese Espíritu reza en nosotros, nos transforma, nos transfigura, nos hace fecundos, ... mucho más que si cobijáramos a todos los pájaros del Cielo.

Dra. Cristina Muñoz